

que no tenga, por ejemplo, el giro imprevisto, ni el concepto descollante—que tanto sugestionan—de la Mistral; ni la sugerencia atávica e impulsiva de Neruda (hablamos de la Mistral en sus buenos tiempos y del Neruda de sus primeros tiempos); pero tiene la armonía y el equilibrio entre el pensamiento y la forma, que le dan proporciones arquitectónicas a este libro. A este libro—cuyo friso es esa tan aérea poesía final, «Carmina»—, en el que sólo podemos objetar algunos detalles de ornamentación que quizá no están dentro del buen gusto general de la obra toda. Como ser, esos sustantivos de «bierzo», «nepenta» y algún otro, que, siendo o muy castizos o de sugestiva significación retórica, nos parecen, por demasiado castizos o faltos de calor espontáneo, no encajan bien en el verso lleno de calor, del poeta. Pero eso, ¿qué es?

Mientras duren los tiempos, cada vez que se cite el nombre de los grandes poetas de nuestra América, se ha de citar —como decía Heine de sí—el nombre de Jerónimo Lagos, el autor de este «Tiempo ausente», tan dignamente editado por Nascimento y tan bellamente ilustrado por Bontá.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

CECILIA. Novela, por *Januario Espinoza*.—Editorial Zig-Zag, Santiago.

Bienvenida y bien merecida, esta tercera edición de «Cecilia». Y muy oportuna.

Nosotros, no conocíamos aún la linda novelita de Januario Espinoza; y muchos habrá que no la conocen, como no conocen «La hechizada», de Santiván, ni «El niño que enloqueció de amor», de Eduardo Barrios. Y son estas tres pequeñas novelas, a nuestra memoria y parecer, las tres más espontáneas y representativas obras de una misma época y de un mismo sabor romántico. Aunque de distintas tendencias. La de Barrios, estática, de una intensa acción subjetiva; la de Santiván, ob-

jetiva e intensamente dramática; y esta «Cecilia», tan fresca, tan colmada de claro y delicado sentimiento, como un cuenco de agua cogida en el estero de Rari. Pero el agua, por clara, es sutil; y «Cecilia», con su transparencia y su fluidez—que nos hace sorberla, sin respirar, en un trago largo de emoción nos deja en el paladar una sensación lograda de realidad y en el espíritu un poco de tristeza. Lo bello es así.

Inútil es observar en ella algunos pequeños defectos e incongruencias: están dentro del tono y de la forma, que no la deforman ni desentonan. Y acaso le dan más natural sabor y consistencia a esta agua, que no es agua destilada. ¡Cuánta más significación humana tiene para nosotros esta pequeña Cecilia vernácula y medular, que tanta figura convencional acicalada por invertebrados refinamientos o procedimientos literarios!

Y para nuestra pequeña y auténtica literatura.—GMO.
KOENENKAMPF.

CINCO POETAS. Ensayos, por *Norberto Pinilla*

En corrillos de escritores, y alguna que otra vez en artículos de periódicos o revistas, se ha dicho que en Chile no ha habido otro crítico literario que el francés Emilio Vaisse, avendado largos años entre nosotros. Y aunque ese sacerdote católico no sentía la obra de arte en su belleza pura, fué, en buenas cuentas, orientador inteligente, y más de un beneficio deben a su cultura y su afán de lector la poesía y la novela chilenas.

Si no ha habido, en realidad, críticos de renombre, como Zun Felde, en Uruguay, y Diez Canedo, en España, tenemos gente porfiada y tenaz en lo de juzgar la obra ajena. Y por algo se comienza.

Este libro de Norberto Pinilla se acerca, más que todo lo